

«Estamos hechos del mismo tejido que nuestros sueños».  
*La tempestad*, William Shakespeare (1611)





**PRIMERA  
PARTE**



### Alcoletge, Lleida. Diciembre de 2003

El día de su decimosexto cumpleaños, Jan está leyendo en su habitación e intenta no pensar en Marta. Es 29 de diciembre y está de vacaciones, pero el trabajo se le ha acumulado en este primer curso de Bachillerato. Quiere acabar de leer *El sueño de una noche de verano*, sobre el que debe redactar un trabajo para la asignatura de inglés, pero la mente tiene piernas propias y ha decidido caminar hacia otros destinos. De repente, el timbre de la puerta lo espabila. Se encuentra solo en casa, porque su madre todavía no ha vuelto del trabajo, y Amalia, la asistenta, solo viene a ayudar por las mañanas. Ni siquiera ha acabado de abrir la puerta cuando un hombre alto, espigado y con un mostacho imponente le pregunta:

—¿El señor Jan Florejachs?

El chico duda un segundo: no cree que de ese individuo estafalario y vestido de sepulturero se pueda derivar alguna consecuencia positiva.

—Yo mismo.

Ahora es el recién llegado quien lo repasa muy despacio con la mirada y se cuestiona si aquel metro setenta y cinco de joven atlético, de pelo negro y cortado a cepillo, ojos amarillos y tristes y un *piercing* en el ala izquierda de la nariz, puede ser de verdad el objeto de su visita.

—Señor Florejachs, el motivo de mi presencia en esta casa tiene un carácter legal. Espero que no le resulte inconveniente enseñarme algún documento que acredite que usted es...

—Sin problema, claro, pero de momento tampoco tengo ninguna razón para hacerlo... ¿No cree que primero tendría que decirme quién es usted y qué quiere?

—¡Oh, por supuesto! —susurra el hombre, con un ademán medio ofendido—. Represento a la notaría Vallehermosa y he venido a hacerle entrega de este pequeño paquete que traigo en mis manos. Le pido disculpas por mi desconfianza, pero esperaba encontrarme a una persona no tan... un poco más...

—¿No le parezco lo bastante alto?

—Quiero decir, señor Florejachs, que me esperaba a alguien de mayor edad, puesto que el objeto que le traigo lleva ya doce años depositado en nuestras oficinas y ha sobrevivido a un incendio y a una mudanza. Comprenderá que tengamos muchas ganas de entregarlo y deshacernos de él. Las instrucciones de la persona que nos lo confió fueron en extremo precisas: traerlo a esta dirección precisamente hoy a las cinco de la tarde. Como puede comprobar, hemos cumplido con el encargo de forma rigurosa.

Cuando el chico le muestra el carné de identidad, el visitante le entrega, con mucha ceremonia, una caja de cartón un poco más grande que un paquete de cigarrillos y que en efecto lleva pegada una etiqueta en la parte superior donde está escrito su nombre completo, la dirección de la casa y la fecha y la hora de la entrega.

—Si tiene la amabilidad de firmarme el albarán, el paquete pasará a ser definitivamente suyo y nosotros por fin nos habremos librado de cualquier responsabilidad.

Cuando el tipo se retira con el documento firmado, el chico observa intrigado el pequeño objeto que sostiene entre las manos. ¿Un regalo que hace doce años fue depositado en una notaría para serle entregado el día de su decimosex-

to cumpleaños? Jan piensa que se trata de una forma muy extraña de celebrar la efeméride.

Después de sopesar el objeto, de acercárselo a la oreja y de imaginar todo tipo de hipótesis estrafalarias sobre el contenido, al final se decide a rasgar el precinto de papel. Queda a la vista una cajita de un cartón vulgar, de un color marrón plastificado. La intuición le indica que se encuentra ante un momento trascendente, por eso se toma un par de segundos para alargar la incertidumbre e inspirar profundamente antes de levantar la tapa. Cuando por fin lo hace, puede contemplar tres piedras de color más o menos verdoso con manchas negruzcas y acomodadas sobre un cojín de un terciopelo rojo deslustrado. A un lado, doblada en cuatro pliegues, una cuartilla de papel manchada de tizne.

Despliega la hoja, donde puede leer un mensaje escrito con una caligrafía un poco amanerada, casi barroca: «Si la genética es justa, sabrás qué hacer con estas piedras». No lleva membrete, ni marcas identificadoras, ni firma alguna.

Jan se siente desconcertado. No sabe qué son esas piedras ni qué debe hacer con ellas, y mucho menos cómo ha de interpretar el texto que acaba de leer.

La primera tentación es imaginar que se trata de una broma que le gastan sus amigos. Pero, bien pensado, lo encuentra poco probable. Solo hace cuatro meses que se ha mudado de Barcelona a la pequeña población de Alcoletge y ha empezado a estudiar en un instituto de la capital cercana. Todavía no puede decir que haya entablado verdaderas amistades.

En realidad, la única persona de quien puede esperar una burla que implique tanta confianza es Marta, la vecina y compañera de instituto que lo ha acogido desde el primer momento, la persona de quien más cerca se siente. Marta

es realmente guapa. Pero esa docena de años que, según el enviado de la notaría, llevaba aquel paquete dando tumbos por los cajones le parecen un detalle inexplicable que aleja la posibilidad de una broma, porque doce son precisamente los años que han pasado desde la muerte de su padre. La referencia de la nota a la genética parece estar señalando al padre difunto como remitente de ese mensaje que le llega con más de una década de demora. Pero le parece muy absurdo que ahora alguien se descuelgue de aquel pasado remoto con un regalo tan inexplicable. Desde luego, para Jan no significa nada en absoluto, son tan solo unos pedruscos.

Coge una de las piezas y la mira a contraluz. Un vago resplandor parece querer escapar de su interior, pero la película de hollín que la cubre, a duras penas deja traspasar la claridad. Rasca la superficie con la uña de su índice, pero la franja de verdor liberada no le transmite ninguna sensación positiva. Se pregunta si esas rocas pueden tener algún valor, pero se ve incapaz de llegar a ninguna conclusión. Solo es capaz de ver tres piedras sucias del tamaño de un huevo de codorniz... Piensa en quién podría ayudarle a esclarecer si esos minerales tiene alguna utilidad, pero no se le ocurre ninguna respuesta.

Cuando se encierra de nuevo en su habitación, ya no puede concentrarse en la lectura del libro. Tumbado sobre la cama, vuelve a coger la caja y contempla su contenido mientras recupera los cuatro recuerdos que conserva de su padre. A duras penas consigue recomponer la imagen imprecisa de un hombre sin rostro que jugaba con él con un balón una soleada tarde de primavera. Casi toda la información que ha conseguido reunir sobre su padre son comentarios robados de la memoria de su madre, que casi nunca habla abiertamente de su difunto marido. Sabe que su padre mu-



rió doce años atrás, cuando Jan tenía solo cuatro, y que había sido un gran amante de la naturaleza, que iba siempre que podía a hacer *trekking* y travesías de montaña, aunque esta, a cambio, le había arrebatado la vida. Albert Florejachs había muerto ahogado mientras descendía un barranco en una de sus frecuentes escapadas al Pirineo de Lleida. Sobre su carácter, apenas guarda algún recuerdo. Sabe, porque así se lo había explicado su abuelo, que durante sus últimos años no anduvo bien de salud, pues arrastraba una larga enfermedad nerviosa que le había complicado la existencia. Los médicos lo atiboraban de tratamientos y medicinas, pero sin mucho éxito, a la vista de los resultados. Eso era todo lo que Jan había conseguido averiguar.

A las siete en punto ha quedado con Marta Abiols. Un poco más alta que él, rubia y con una larga cola de caballo recorriéndole la espalda, la chica exhibe una simpatía que va dejando a su paso como un perfume de jazmín. Tiene unos ojos oscuros y pequeños que le confieren una mirada profunda y un tanto inquietante que suele intimidar a sus compañeros. Dos hoyuelos se le abren en las mejillas cuando sonrío. De familia de campesinos y buena estudiante, tiene la aspiración de convertirse en abogada y luchar por los derechos de los más desfavorecidos desde alguna ONG internacional. O quizás consagrarse a su verdadera pasión, el piano, y ganarse la vida dando conciertos alrededor del mundo.

Aunque solo sea por un rato, Jan quiere celebrar su cumpleaños junto a ella y, si la coyuntura le resulta favorable y el valor no lo abandona, tal vez incluso expresarle sus sentimientos.

—¿Qué te parece si nos escapamos a Lleida esta tarde? ¿No tenías que comprar todavía algún regalo de Navidad?

La propuesta de Jan recoge una sonrisa entusiasta de la chica. Diez minutos después suben a un autobús y se sientan en silencio hasta que llegan al centro de la capital. Bajo un frío siberiano, pasean por los puestos de la calle Mayor y se entretienen mirando colgantes y figuras de cerámica. La iluminación de las calles y los villancicos navideños que derraman los altavoces les alegran la tarde. Ella compra dos enormes bolas irisadas para el árbol de Navidad y él se lleva unos pendientes de plata para su madre. Duda si comprar otros para Marta, pero le parece una temeridad que todavía no se puede permitir. Cansados ya de deambular y del frío, deciden detenerse a tomar algo caliente en una cafetería de la plaza Paeria. Frente a una taza de chocolate y otra de té, mientras recuperan la temperatura y la sangre vuelve a llegar hasta la punta de sus narices, Jan le habla del hombre vestido de negro que hace un rato lo ha visitado en la casa Petrel, del paquete envuelto con su nombre en la etiqueta, de la enigmática nota y de las tres piedras. Como se temía, Marta no sabe nada de todo aquello. O como mínimo lo disimula muy bien.

—Quizás tan solo sea un error —le comenta.

—¿Una equivocación? Imposible. Ese paquete llevaba escrito claramente mi nombre y mi dirección. Pero no consigo comprender qué significan esas tres piedras. El mensaje de la nota no aclara nada en absoluto. Además, hace doce años yo ni siquiera vivía en la casa Petrel. De hecho, solo llevo cuatro meses instalado allí. ¿Cómo podía alguien dejar el encargo doce años atrás de que me llevaran allí esa caja? ¿Y por qué tenían que hacerlo precisamente hoy y a una hora determinada?

—Bueno, eso tendría que ser un misterio para cualquier otra persona, pero no para alguien como tú, que sueñas co-

sas extrañas que después se acaban convirtiendo en realidad.

Jan duda un segundo. Le molesta el deje de ironía que ha percibido en las palabras de Marta. Es cierto que en los últimos meses ha tenido unos sueños sorprendentes, tanto por su realismo como porque a veces acaban cumpliéndose en el mundo real. En más de una ocasión, Jan le ha comentado a su amiga alguno de sus sueños y después han comprobado con estupor que el vaticinio se cumplía. Pasó el día en que le contó, mientras viajaban en autobús al instituto, que el profesor de Literatura no se presentaría al examen porque había sufrido un accidente. Marta le preguntó cómo lo sabía y él sencillamente le respondió que lo había soñado. Cuando llegó la hora del examen, descubrieron que, efectivamente, el profesor no había aparecido y el director del instituto se presentó en el aula para comunicar a los alumnos que su profesor estaba ingresado en el hospital, herido de gravedad por culpa de un accidente de coche.

Al principio la casualidad servía para justificar situaciones como esa. Pero la repetición ha empezado a cuestionar la posibilidad de que solo sea culpa del azar. Marta todavía muestra cierto escepticismo, aunque las habilidades adivinatorias de Jan, en el fondo, la impresionan. En cambio, él no duda de que todo lo que le está pasando supera con creces el territorio de la casualidad, aunque se ve incapaz de ofrecer una explicación lógica. Ese tema lo desconcierta, y también lo asusta un poco, por eso acostumbra a evitarlo e incluso a esconderlo a la mayoría de sus otros conocidos. Tan solo Marta se ha convertido en su confidente, por lo que no puede eludir la respuesta:

—No, no sé nada de las piedras. Ya sabes que no tengo esos sueños extraños cada noche. En cambio, es cierto que

hoy he tenido uno especial, de esos que te dejan mal cuerpo, de los que parecen tan reales que, incluso cuando ya estás del todo despierto, dudas de que solo fuera un sueño.

—No es la primera vez que te pasa... Ya tendrías que saber más o menos qué significan. Por eso te regalé aquel libro de Sigmund Freud sobre la interpretación de los sueños.

Ese es el único regalo que Marta le ha hecho. Por eso él lo guarda como si fuera un tesoro. Aunque en realidad su lectura no le había servido de mucho, porque en los sueños que él tenía no era necesario interpretar nada en absoluto, sencillamente representaban un episodio que después acababa reproduciéndose punto por punto.

—Este era diferente de los otros —asegura Jan—. Para empezar, me parece recordar que ha tenido dos partes muy diferentes. La primera era agradable. Yo estaba en una barca en medio de un lago o un río y pescaba unos peces grandes, que casi saltaban del agua para subirse a la barca...

—¿A ti te gusta pescar?

—Sí, mucho. Me aficioné el invierno pasado, en Barcelona. Cuatro amigos y yo cogíamos el tren y nos escapábamos a Gavà, a una playa sin mucha gente... Pero esa es otra historia, déjame acabar con mi sueño. Te decía que estaba pescando en una barca y a mi lado tenía a Roberto...

—¿Roberto? ¿Nuestro amigo Roberto? ¿Y que esté estudiando el Bachillerato en Inglaterra no te ha parecido un inconveniente? —Se ríe ella—. Lo último que sé de él es que no tiene ninguna intención de volver a casa hasta el próximo verano. Y para eso todavía faltan seis meses. Parece difícil que este sea uno de esos sueños que se cumplen. Como mínimo de manera inminente...

Roberto y Marta son los dos únicos amigos de verdad que Jan hizo durante las vacaciones de verano de hace dos años.

Se conocieron en unas clases de repaso, la relación enseguida trascendió el aula y alcanzó las piscinas del pueblo y las excursiones en bicicleta y la búsqueda del mejor cerezo de la comarca y los juegos en la habitación de la casa de Roberto, cuyos padres disponían de mucho dinero y muy poco tiempo para dedicarle. Jan había pasado uno de los mejores veranos de su vida gracias a aquellos dos amigos, pero a finales de agosto él tuvo que volver a su vida en Barcelona y la amistad quedó reducida a unos buenos propósitos y unos cuantos correos electrónicos cada vez más espaciados.

Dos años después, cuando Jan volvió a Alcoletge, esta vez para quedarse a vivir, Marta había florecido como una rosa y Jan a duras penas podía ver en aquella chica tan guapa a la niña que él recordaba. Marta enseguida lo acogió como a un amigo de toda la vida. Le presentó a todos los compañeros que él no conocía, lo introdujo en el ambiente del instituto e incluso compartió con él el asiento del autobús que cada día los llevaba a estudiar.

Con todo, Jan había dejado de verla como a una amiga, porque se sentía intimidado por su belleza hiriente, por aquel olor a jazmín, por su sonrisa indeleble, por su dulce voz...

En cambio, cuando Jan llegó a Alcoletge para vivir, hacía solo unos días que Roberto se había trasladado a una escuela carísima de Manchester para estudiar el Bachillerato. Así que no lo había vuelto a ver desde hacía más de dos años, por eso resultaba tan extraño que hubiera aparecido de improviso en su sueño para compartir con él una relajada mañana de pesca.

—Hacía mucho frío. Teníamos la nariz helada y bebíamos algo caliente de un termo para que no se nos congelaran las ideas. Mientras pescábamos íbamos charlando en voz muy

baja, como para confiar secretos. Me parece que hablábamos de ti.

—¿Hablabais de mí? —Sonríe con una chispa de picardía en su voz—. ¿Y se puede saber qué os decíais?

—No lo recuerdo bien. Supongo que alguna tontería. Quizás te criticábamos...

Ella hace una mueca cómica de enfado, pero se ríe. Jan aprovecha esa muestra de buen humor para acercar la mano derecha a la de la ella, pero le parece notar que Marta tiene el acto reflejo de retirar un poquito la suya. La voz de Jan titubea un segundo antes de continuar la explicación de su sueño:

—La segunda parte, en cambio, no tenía nada que ver con la pesca y era mucho menos agradable. Por suerte, me parece que ni siquiera era yo el protagonista. Era como si me despertara de pronto y no pudiera respirar. De repente me daba cuenta de que estaba bajo el agua. También hacía un frío espantoso. Aunque veía la claridad de la superficie, no tenía la fuerza necesaria para ascender. Como en aquellos sueños en los que quieres escapar de un peligro y no te puedes mover. Todo pasaba muy despacio. Era una sensación horrorosa, porque de alguna manera yo sabía que me estaba muriendo.

—¿Y cómo sabes que no eras tú el protagonista del sueño? —lo interroga Marta.

Jan se detiene un momento para coger aire. Tiene el rostro muy serio, casi triste. Baja la cabeza y responde:

—Porque así es como murió mi padre.



Cuando por fin llega a su casa, pasadas ya las nueve de la noche, Jan se siente abatido y un poco triste. Esperaba que Marta le regalara algo por su cumpleaños. En ese caso él habría tenido la oportunidad de corresponderla comprando el colgante que ella había estado mirando con interés y regalárselo como prueba de su amor. Pero Marta solo le ha ofrecido un par de besos en las mejillas y una felicitación que parecía sincera, pero no lo suficiente como para infundirle la confianza que necesitaba para entregarle aquel obsequio comprometedor. Ahora le parece una cobardía no haber sido capaz de comprarle el colgante. La verdad es que anda justo de dinero, se dice, pero en el fondo sabe que no ha tenido valor. La reacción de Marta en la cafetería, al evitar el contacto con su mano, también le supone un motivo de incertidumbre, de oscuras cavilaciones y de augurios no demasiado optimistas.

Aparte, en su cabeza también se cuece otro guiso. No sabe si compartir con Julia, su madre, el secreto del paquete misterioso que ha recibido esa tarde. Él jamás le ha ocultado ningún asunto importante, pero en esta ocasión duda. En realidad, cabe la posibilidad de que ella sea la verdadera responsable de la entrega de la caja, aunque no le parece muy probable. Ella no hubiera necesitado un mediador tan extravagante para entregarle esas piedras. Aunque la alusión a la genética que aparece en la nota también la incluye en la lista de sospechosos.

Cuando entra en el comedor de la casa Petrel la encuentra sentada en el sofá del salón, mirando de forma rutinaria

una vieja película que pasan por televisión. Por primera vez, el chico no ve en su madre a la mujer vigorosa de unos años atrás, sino a alguien maltratado por la vida. De repente es consciente de que ha dejado de cuidarse como lo hacía antes. Ya prácticamente ha renunciado a salir de fiesta con otras amigas y las noches de los sábados las pasa casi siempre sola delante del televisor. Unas canas han empezado a aclararle su negra cabellera y debajo de sus ojos se han instalado unas sombras moradas que desprenden una invariable sensación de agotamiento. Incluso su mirada, que antes despedía un aire de seguridad e inteligencia, ahora se esconde detrás de unas gafas de cristales cada vez más gruesos.

De un simple vistazo, Jan comprende que está realmente exhausta después de trabajar todo el día como costurera en una tienda de ropa. No desea molestarla con sus ridículos problemas, aunque está seguro de que ella sabría aconsejarle. Por otra parte, si el paquete que le han entregado procede de su padre y este escogió la vía de un notario para hacérselo llegar, quizás fuera porque quería evitar que cayera en manos de Julia. Al fin y al cabo, lo más lógico habría sido que su padre se lo hubiera confiado a su madre con la simple condición de dárselo a Jan el día de su decimosexto cumpleaños. Que no haya sido así tal vez tenga algún significado que él todavía no es capaz de descifrar. Decide que lo mejor será esperar y meditar sobre cómo debe actuar a partir de ahora.

—Pareces preocupado. ¿Te ocurre algo o es que los dieciséis te han convertido por fin en una persona seria y responsable? —bromea su madre mientras se sientan a la mesa a cenar.

—¿Sabes? estos últimos días he estado pensando en papá. ¡Sé tan poco sobre su vida...! La verdad es que nunca me



hablas de él y me sabe mal tener tan pocos recuerdos. Hoy he soñado con él.

Jan nota un indicio de alarma en el rostro de Julia. Por supuesto, no quiere inquietarla, pero hace tiempo que acumula unas cuantas preguntas que requieren respuestas. Por un momento siente un brote de nostalgia por esa infancia que ya ha dejado atrás. Entonces, la relación con los demás, con su madre o con los compañeros de la escuela y de juegos era franca y directa, sin velos vaporosos de por medio ni segundas o terceras intenciones. Todo se reducía a ser lo que uno es. En cambio, ahora, la relación con Marta o con su madre o con los compañeros del instituto... siempre está llena de matices, sobrentendidos y obstáculos que hay que evitar con mucho tacto y que a menudo entorpecen una relación transparente.

—Ya sabes, hijo, que no me gusta esconderte nada. Mientras eras un crío, prefería no tener que explicarte algunos detalles para evitarte angustias inútiles, y porque a mí tampoco me resultaban muy agradables. Pero de la noche a la mañana te has convertido en un hombre y tienes derecho a conocer cualquier información que te afecte. Vamos, háblame de ese sueño que has tenido...

—Ha sido una especie de recuerdo confuso, de aquellos que rondan por tu cabeza pero que no acabas de recuperar del todo. Sé que había alguien, un chico o quizás un hombre joven, que se había caído al mar... o a lo mejor era un río. Estaba muy oscuro... Quien fuera aquella persona estaba intentando emerger a la superficie, pero no podía mover los brazos ni los pies y no conseguía subir. Muy poco a poco se iba hundiendo en medio de un gran silencio. Me he despertado de golpe, sin aire en los pulmones, casi ahogado y empapado de sudor, porque parecía que me estaba pasando a

mí. Me ha costado un rato volver a respirar con normalidad y ser consciente de que solo era un sueño.

Jan se detiene unos segundos para concentrar la mirada en los ojos de su madre y atreverse a preguntar:

—¿Es así como murió papá?

Julia se remueve con incomodidad sobre la silla. Vuelve a ponerse las gafas que había abandonado sobre la mesa y se toma un rato para escoger las palabras más adecuadas.

—Supongo que sí.

—¿Solo lo supones?

—No es tan fácil, hijo. Tú me estás pidiendo certidumbres y yo solo tengo suposiciones. En aquella época tu padre se había vuelto una persona muy complicada. Cuando yo lo conocí, era muy alegre y bromista, pero con el paso del tiempo empezó a cambiar y se volvió más arisco y solitario. De estar siempre dispuesto a la juerza, pasó a buscar excusas para evitar encontrarnos con los amigos de siempre... Y así, lentamente, nuestra lista de relaciones fue disminuyendo hasta desaparecer. A la vez que dejábamos de tener vida social, el carácter también le iba cambiando, y empezó a manifestar un mal genio que yo no le había conocido hasta entonces. Todo eran protestas, malas caras y salidas de tono... Incluso la mirada se le volvió más oscura, como si algún secreto terrible le estuviera oprimiendo las tripas. Llegó un momento que resultaba complicado hasta mantener una simple conversación con él, porque gritaba y se enfadaba por cualquier motivo...

—¿Era por culpa de sus sueños?

Jan nota que su madre duda un instante. Probablemente tiene miedo de que empezar esa conversación equivalga a recuperar las amarguras de otro tiempo, que sin duda había conseguido olvidar tras muchos esfuerzos.

—Sí, por supuesto. Seguro que tuvieron mucho que ver. Él creía que sus sueños se hacían realidad... Y eso pasó de hacerle gracia, al principio, a incomodarle, con los años, y a convertirse en una obsesión que lo atormentaba. Cada mañana se levantaba de la cama con la moral por los suelos, como si volviera de haber perdido una guerra. Durante sus últimos meses, Alberto odiaba el momento de irse a dormir. Después supe que tomaba pastillas a escondidas para mantenerse despierto, que lo mantenían en un estado de excitación, de congoja y de irascibilidad durante todo el día. Supongo que ya sabes que los humanos necesitamos, dependiendo de las personas, entre cinco y nueve horas de sueño diarias para poder desarrollar nuestra actividad habitual con normalidad. Por debajo de nuestro mínimo de sueño, empezamos a mostrar problemas de funcionamiento, como si nos convirtiéramos en unas máquinas mal engrasadas. Como ya te puedes imaginar, visitamos a diversos médicos especialistas de Lleida y Barcelona, pero la única solución que todos tenían para él era un bote de tranquilizantes que le provocaban el sueño, y eso era precisamente lo que él más rechazaba. Intentó variar de hábitos con la esperanza de que también le cambiara la manera de dormir y de soñar: probó a llevar una dieta sin carne; apesó la casa con unas infusiones de hierbajos que supuestamente tenían unas propiedades casi mágicas, pero que a la hora de la verdad resultaron otro fiasco; y hasta se obsesionó con hacer ejercicio físico en cuanto disponía de un rato libre... Por ejemplo, salía a caminar de noche y se pasaba las horas vagando como un alma en pena o se escapaba solo los fines de semana a subir y bajar montañas como una cabra... Y eso era lo mejor, porque cuando estaba en casa, se quejaba a gritos todo el tiempo de las condiciones de las minas

en las que trabajaba... Ya te puedes imaginar que, de tanto trabajar y de tan poco dormir, el pobre estaba agotado todo el día, lo que provocaba que discutiésemos por cualquier tontería: si la verdura tenía sal o no, si saldríamos a bailar el sábado, si íbamos a comprar una participación de la lotería de Navidad que vendían en la escuela del pueblo...

—¿Cómo puede ser que no recuerde nada de todo eso?

—Tú eras muy pequeño y, a pesar de todo, nosotros hacíamos lo posible para que no notaras nada. Yo ya tenía bastantes problemas contigo, que dabas mucho trabajo, como para tener que ocuparme también de Alberto, que reclamaba tantas atenciones como un bebé. Además, cada vez iba más a menudo a la montaña. Cuando no estaba trabajando, era lo único que hacía. Y la situación se volvió insostenible. A mí no me parecía muy razonable aquella obsesión por castigar su cuerpo, porque en realidad estaba debilucho y siempre resoplaba de puro agotamiento, pero los médicos nos aseguraron que todo aquello que supusiera un esfuerzo físico y una actividad de ocio le sentaría muy bien. Cada fin de semana salía al Pirineo solo o con alguno de sus amigos, pero nunca con nosotros. Sería injusta si te dijera que eso no me molestaba un poco, porque era una forma de dejarnos al margen de su vida y de su problema. Pero en realidad que nos excluyera no suponía una verdadera fuente de conflicto, porque a mí nunca me ha tirado la montaña. Tú ya sabes que nací en un pueblecito del Pirineo, pero salí de allí siendo muy niña, cuando murieron mis padres, y no he querido volver nunca más. Por eso no me importaba que Alberto se fuera solo... Sin embargo, yo notaba que aquellas escapadas no le suponían ninguna mejora, porque regresaba exhausto, y después se empeñaba en solucionar su cansancio sin dormir. Para lo único que servían aquellas

salidas era para que los demás nos tomáramos un descanso, por eso no me oponía con demasiada firmeza. Pero aquella tregua duró muy poco. Durante una de aquellas excursiones, alguien llamó para anunciarme que había sucedido un accidente... Un grupo de montañeros que descendía un barranco había sido sorprendido por la crecida repentina de un torrente. Cualquier excursionista acostumbrado a la montaña sabe que durante la primavera hay que tener mucho cuidado con la localización de las lluvias, que a menudo provocan peligrosos aumentos de los caudales de los ríos. El caso es que Alberto se encontró justo en medio de una crecida repentina y, por lo que me explicó después la policía, el agua lo arrastró barranco abajo. Él no pudo hacer nada para ponerse a salvo, y murió ahogado.

—¿Lo encontraron?

—Sí, claro, pero les costó mucho esfuerzo y tiempo. Tardaron tres semanas en recuperar el cuerpo de tu padre y lo hallaron a más de ocho kilómetros de distancia del lugar donde suponían que perdió la vida

Se hace un silencio que ninguno de los dos se atreve a romper durante un rato. Jan querría saber muchas más cosas, pero nota el dolor que la conversación está produciendo en su madre. Es ella quien acaba hablando:

—¿Hay algún motivo para este repentino interés?

El chico duda.

—No. Solo el sueño.